

general de la Compañía, ó las personas á quien él lo cometiere, y que ningun otro se pueda entremeter en eso. Lo mismo hace y mas copiosamente Gregorio XIV, su sucesor, en otra constitucion que sobre esto hizo, que comienza *Ecclesiae Catholicae*, con palabras gravísimas. Considerando, dice, que seria no pequeño detrimento de la disciplina religiosa y de la perfeccion espiritual, y gran perturbacion y detrimento de toda la Religion, si lo que está santamente estatuido por los fundadores, y recibido y aprobado muchas veces de la misma Religion en sus congregaciones generales y, lo que mas es, establecido y confirmado por esta Santa Sede Apostólica, no solo se mudase, sino se alterase ó impugnase con cualquier pretesto: mandamos en virtud de santa obediencia á todas las personas de cualquier estado y condicion que sean, eclesiásticas, ó seglares, ó religiosos, aunque sean de la misma Compañía, so pena de excomunion *latae sententiae*, y ser tenidos por inhábiles é incapaces de cualquier oficio y dignidad, y de privacion de voz activa y pasiva, las cuales penas, *ipso facto*, sin otra declaracion, se incurran, y cuya absolucion sea reservada á la Sede Apostólica, y renovando la Constitucion de Gregorio XIII nuestro predecesor y todas las penas en ella contenidas, que ninguno se atreva á impugnar ni contradecir ninguna cosa del Instituto ó constituciones, ó decretos de la Compañía, ni directa ni indirectamente, ni so color de mayor bien ó celo ú otro cualquier pretesto. Y añade otra cosa muy particular ó sustancial: ni á proponer

ni á dar memoriales algunos acerca de lo dicho, para que se añada ó quite ó mude, á otro alguno, sino es al Sumo Pontífice inmediatamente, ó por medio de su Nuncio ó legado apostólico, ó al Preósito general de la Compañía, ó á la Congregacion general. Y nuestro Santísimo Padre presente Paulo V, en la bula que espidió el año de mil seiscientos seis, confirmando el Instituto y privilegios de la Compañía, hace mencion particular de estas dos constituciones de Gregorio XIII y XIV y las aprueba y concede de nuevo. Para que se vea cuán zanjado está este negocio, pues ya ninguno se puede desmandar en esto sin gravísimas penas, y sin incurrir en excomunion mayor, *ipso facto*, ahora sea de la Compañía, ahora de fuera, religioso, clérigo ó lego, de cualquier estado, grado, condicion y preeminencia que sea. Pues concluyamos con lo que concluye el Apóstol San Pablo, escribiendo á los de Corinto: «En lo demas, hermanos, gozaos, sed perfectos: Exortaos: Sabed lo mismo: tened paz; y el Dios de la paz y del amor estará con vosotros (1).» Alegrémonos, padres y hermanos míos, y regocijémonos que nos ha traído el Señor á una Religion tan santa, y que tanta perfeccion profesa, y tratemos siempre de esta perfeccion, y de conservarnos en grande paz y union, exortándonos y animándonos los unos á los otros, y de esta manera el Señor, que es autor y fuente de paz y amor, será siempre con nosotros.

(1) De caetero, fratres, gaudete, perfecti stote, exhortamini, idem sapite, pacem habete, et Deus pacis et dilectionis erit vobiscum. II. ad Cor. XIII, 41.

TRATADO QUINTO.

De la oracion.

CAPITULO I.

Del valor y escelencia de la oracion.

El glorioso Apóstol y Evangelista San Juan, en el capítulo V y VIII del Apocalipsi, declara bien el valor y escelencia de la oracion. Dice que estaba el angel delante del altar, y tenia un incensario de oro en su mano y que le fué dada mucha cantidad de incienso, que eran las oraciones de los Santos, para que las ofreciese ante el altar de oro que estaba delante del trono de Dios, y que subió el humo de los inciensos de la mano del ángel delante de Dios. San Crisóstomo, tratando de este lugar, dice (1): «En esto vereis cuán alta y cuán preciosa cosa sea la oracion, pues sola ella se compara en la Escritura Divina al Timiama (que era (2) una confeccion de incienso y de otros fragrantísimos olores); porque asi como el Timiama bien compuesto y confeccionado deleita grandemente con su olor, asi la oracion hecha como se debe hacer es muy suave y agradable á Dios, y alegra y recrea á

(1) Chrisost. hom. XIII, super Matth. in opere imperfecto.
(2) Guiller. paris. in sua reth. divina, cap. 41.

los ángeles y á todos aquellos ciudadanos del cielo; de tal manera, que dice San Juan, que tienen en sus manos unos pomos de admirables olores, que son las oraciones de los Santos, á los cuales muy de ordinario aplican su olfato purísimo (hablando de la manera que acá podemos hablar) para gozar de este suavísimo olor (1).» San Agustín, tratando de la oracion, dice: «¿Qué cosa hay mas escelente que la oracion? ¿qué cosa hay mas útil y provechosa? ¿qué cosa mas dulce y suave? ¿qué cosa mas alta y levantada en toda nuestra Religion cristiana (2)?» Lo mismo dice San Gregorio Niseno: «Nada de lo que en esta vida se estima y se aprecia, se aventaja á la oracion (3).» San Bernardo dice (4) que aunque es cosa cierta que los ángeles muy de ordinario asisten á los siervos de Dios con su

(1) Habentes singuli phialas aureas plenas odoramentorum, quae sunt orationes sanctorum. Apoc. V, 8.
(2) Quid est oratione praeclarius, quid vitae nostrae utilius, quid animo dulcius, quid in tota nostra Religione sublimius? Aug. in tract. de miseric. tom. 10.
(3) Nihil ex his quae per hanc vitam coluntur, et in pretio sunt, oratione praestat. Greg. Niss. de Oratione Dominica.
(4) Bernard. serm. 7, sup. Cant. et Ep. 78, ad Suggestium Abbatem Sancti Dionisii.

presencia invisible para librarlos de los engaños y asechanzas del enemigo, y para levantar sus deseos á servir á Dios con mayor fervor, pero mayormente asisten estos espíritus angélicos cuando nos ocupamos en hacer oracion. Y trae para esto muchos lugares de la Sagrada Escritura, como aquello del Salmista: "En el acatamiento y presencia de los ángeles te alabaré (1);" "Viniéron antes los príncipes cantando juntos en medio de las doncellas que tocaban sus adufes (2);" que lo declara tambien de los ángeles que se juntan con los que hacen oracion; y lo que dijo el ángel á Tobias: "cuando orabas con lágrimas, yo ofrecia tu oracion á Dios (3)." En saliendo que sale la oracion de la boca del que ora, luego los ángeles que están presentes la llevan y ofrecen á Dios. Lo mismo dice San Hilario: "Los ángeles están presentes á las oraciones de los Santos, y las ofrecen cada dia á Dios (4)." De manera, que cuando estamos en oracion, estamos cercados de ángeles, y en medio de ángeles, y haciendo oficio de ángeles, ejercitándonos en lo que habemos de hacer para siempre en el cielo, alabando y bendiciendo al Señor; y por eso somos particularmente favorecidos y amados de los ángeles, como compañeros suyos que somos y habemos de ser despues, reparando las sillas de sus compañeros que cayeron. San Juan Crisóstomo, tratando de las excelencias de la oracion, y queriendo decir grandezas de ella, dice que una de las mayores grandezas que se le ofrece decir de ella, es que cualquiera que hace oracion trata y habla con Dios. "Considerad la alteza, dignidad y gloria á que os ha levantado el Señor, que podais tratar y con-

(1) In conspectu Angelorum psallam tibi. Ps. CXXXVII, 2.
 (2) Praevenerunt Principes conjuncti psallentibus in medio juvenularum typanistrarum. Ps. LXVII, 26.
 (3) Tobias, XII, 12.
 (4) Angeli praesunt fidelium orationibus, et eas quotidie Deo offerunt. Hilar. Canone 18 in Math.

versar con Dios, tener pláticas y coloquios con Jesucristo, desear lo que quisiéredes y pedir lo que deseáredes (1). No hay lengua, dice, que baste á declarar de cuánta dignidad y alteza sea este trato y conversacion con Dios, y de cuánta utilidad y provecho para nosotros; porque si en los que acá tienen conversacion ordinaria con hombres prudentes y sábios, en breve tiempo se sienten notable provecho y se conoce que se han aventajado en la prudencia y saber; y á los que tratan con buenos se les pega la virtud y lo bueno; y asi dice el proverbio: «trata con buenos, y serás uno de ellos,» ¿qué será de aquellos que tratan y conversan á menudo con Dios? ¿Qué luz (2) y conocimiento, qué bienes y provechos recibirán con tal trato y conversacion! Y asi dice San Crisóstomo (3) que no hay cosa que tanto nos haga crecer en virtud como la frecuente oracion y el tratar y conversar á menudo con Dios, porque con esto se viene á hacer el corazon del hombre generoso y menospreciador de las cosas del mundo, y á levantarse sobre todas ellas, y unirse y transformarse en cierta manera en Dios, y hacerse espiritual y santo.

CAPITULO II.

De la necesidad que tenemos de la oracion.

Cuán necesaria nos sea la oracion, harta experiencia tenemos de ello: ¡pluguiera al Señor no tuviéramos tanta! Porque como el hombre está tan necesitado del favor de Dios, por estar sujeto á tantas caidas y cercado de tantos y tan graves enemigos, y con

(1) Considera quanta est tibi concessa felicitas, quanta gloria attributa orationibus, fabulari cum Deo, cum Christo miscere colloquia, optare quod velis, quod desideras postulare. Crisost. lib. 2. de orando Deum.
 (2) Accedite ad eum, et illuminamini. Ps. XXXIII, 7, 6.
 (3) Crisost. hom. de oratione et sup. illud, Ps. 7. confitebor Domino secundum justitiam ejus.

tan grande necesidad de muchas cosas que pertenecen asi al ánima como al cuerpo, no tiene otro remedio sino acudir siempre á Dios pidiéndole con todo corazon le favorezca y ayude en todos sus peligros y necesidades, conforme á aquello que dijo el rey Josafat viéndose rodeado de enemigos: "Como seamos tan flacos y estemos tan pobres y tan menesterosos, y no sepamos lo que debemos hacer, no tenemos otro remedio sino levantar los ojos á Dios y pedirle con la oracion aquello de que estamos faltos y necesitados (1)." Y asi Celestino, Papa, en una Epistola decretal dice (2): «para enseñar la importancia de esta oracion, yo no sé cosa mejor que decirnos que lo que mi predecesor Zósimo dijo. ¿Qué tiempo hay en el cual no tengamos necesidad del ayuda de Dios? Ninguno. Luego en todo tiempo, y en todas las cosas, y en todos los negocios habemos de acudir á él con la oracion á pedirle favor; porque grande soberbia es que un hombre flaco y miserable presume algo de sí.»

Santo Tomás, tratando de la oracion, dá una razon muy buena y muy sustancial de la necesidad de la oracion, y es doctrina de los santos Damasceno, Agustino, Basilio, Crisóstomo y Gregorio. Dicen estos Santos (3) que lo que Dios con su divina providencia y disposicion tiene determinado desde la eternidad de dar á las almas, lo dá en tiempo por este medio de la oracion, y que en este medio tiene él librada la salud y conversion y remedio de muchas almas, y

(1) Cum ignoremus quid agere debeamus, hoc solum habemus residui, ut oculos nostros dirigamus ad te. II. Paralipom. XX, 2.
 (2) Quod est tempus in quo ejus auxilio non indigeamus? In omnibus igitur rebus, causis, et negotiis exorandus est protector Deus.—Superbum est enim, ut humana natura aliquid de se praesumat. Celest. primus, cap. 9 contra Pelagium.
 (3) S. Thom. 2-2, q. 83, art. 2.—Damasc., lib. 3 de fide, c. 24.—August., lib. 2 de serm. Domin.—Basil., in Julitam mart.—Chrysost., homil. 30 in Genes.—Gregor., lib. 1, Dialog. c. 8.

el aprovechamiento y perfeccion de otras. De manera, que asi como determinó Dios y dispuso que mediante el Matrimonio se multiplicase el género humano, y que arando y sembrando y cultivando la tierra hubiese abundancia de pan y vino y los demas frutos, y que habiendo artifices y materiales hubiese casas y edificios, asi tiene ordenado hacer muchos efectos en el mundo, y comunicar muchas gracias y dones á las almas por este medio de la oracion. Y asi dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio: "Pedid, y daros hán; buscad, y hallareis; llamad, y abriros hán: porque el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama abrirle hán (1)." De manera, que este es el medio y el arcaduz por el cual quiere el Señor socorrer nuestras necesidades y enriquecer nuestra pobreza, y llenarnos de bienes y gracias, en lo cual se ve bien la necesidad grande que tenemos de acudir á la oracion. Y asi la comparan muy bien los Santos, y dicen que es una cadena de oro que está colgada del cielo y llega hasta la tierra, por la cual bajan y descenden á nosotros los bienes y por la cual nosotros habemos de subir á Dios. O digamos que es la escala de Jacob, que llegaba desde el suelo al cielo, y por ella subian y descendian los ángeles (2). El glorioso San Agustin dice que la oracion es llave del cielo, que hace á todas las puertas de él y á todos los cofres de los tesoros de Dios, sin que se le esconda ninguno (3). Y en otra parte dice que lo que es el pan al cuerpo, eso es la oracion al alma (4). Lo

(1) Petite, et dabitur vobis; quaerite et invenietis; pulsate, et aperietur vobis: omnis enim qui petit accipit, et qui quaerit invenit, et pulsanti aperietur. Matth. VII, 7.
 (2) Genes. XXVIII, 12.
 (3) Oratio justí clavis est coeli: ascendit precatio, et descendit Dei miseratio. Aug. serm. 226.
 (4) Sicut ex carnalibus escis alitur caro, ita ex divinis eloquiis, et orationibus interior homo nutritur, et pascitur. Aug. lib. seu exhortat. de salutarib. monitis ad quemdam Comitem, c. 28.

mismo dice el santo mártir y abad Nilo (1)

Una de las razones mas principales con que los Santos declaran por una parte el valor y estima de la oracion, y por otra la necesidad grande que de ella tenemos, es porque la oracion es un medio muy principal y muy eficaz para concertar y ordenar nuestra vida, y para vencer y allanar todas las dificultades que se nos ofrecieren en el camino de la virtud. Y asi dicen que de ella depende el gobierno de nuestra vida, y que cuando la oracion anda concertada, la vida anda concertada, y cuando ella se desconcierta, todo lo demas se desconcierta. Dice San Agustin: «aquel sabe vivir bien que sabe orar bien (2).» Y San Juan Climaco dice que un siervo de Dios le dijo una palabra memorable, y fué esta: «desde el principio de la mañana sé cuál haya de ser la jornada de todo el día:» dando á entender que, si cumplia bien con la oracion de la mañana, todo lo demas le sucedia bien; y al revés, cuando no cumplia, ni tenia bien la oracion de la mañana; y lo mismo es de todo el resto de la vida. Y asi lo experimentamos nosotros muy comunmente, que cuando tenemos bien nuestra oracion, andamos tan concertados, tan alegres, tan esforzados, tan llenos de buenos propósitos y deseos, que es para alabar á Dios; y por el contrario, en descuidándonos en la oracion, luego se va todo perdiendo. Dice San Buenaventura: «Sin oracion toda religion es árida, imperfecta y pronta á perderse (3).» En no habiendo oracion, luego anda todo de capa caída, luego entra la tibieza, luego poco á poco comienza el ánima á enflaquecerse, y á mar-

(1) Nilus, c. 95. de orat. in Biblioth. sanctorum Patrum, tom. 3.

(2) Recte novit vivere, qui recte novit orare. Aug. hom. 4. ex 50, que ejus nomine circumfert.

(3) Sine isto studio omnis religio est arida, imperfecta, et ad ruinam promptior. S. Bonav. de Progr. Religionis, cap. 7.

chitarse, y á perder aquel vigor y aliento que tenia; luego, no sé cómo, desaparecen todos aquellos santos propósitos y pensamientos primeros, y comienzan á despertar y revivir todas nuestras pasiones; luego se halla el hombre amigo de alegría vana, amigo de hablar, reír y holgar, y de otras semejantes vanidades; y lo que peor es, luego revive el apetito de la vanagloria, de la ira, de la envidia, de la ambicion y otros semejantes que antes parecía que estaban muertos.

El abad Nilo dice que la oracion ha de ser el espejo del religioso. En este nos hemos de mirar y remirar cada día muy despacio para ver y conocer nuestras faltas é ir quitando lo feo que halláremos en nosotros; en este espejo hemos de mirar y considerar las virtudes que resplandecen en Cristo para ir ataviando y hermooseando con ellas nuestra ánima. El glorioso San Francisco decia: «Una de las cosas que mas se ha de desear en el religioso es la gracia de la oracion, porque sin ella no hay que esperar fruto ni aprovechamiento, y con ella todo se puede esperar (1).»

Santo Tomás de Aquino, entre otras sentencias graves que refiere su historia (2), decia que el religioso sin oracion era soldado en batalla sin armas y desnudo. Aquel santo arzobispo de Valencia, Fr. Tomás de Villanueva, decia (3) que la oracion es como el calor natural del estómago, sin el cual es imposible conservarse la vida natural ni ser algun manjar de provecho, y con él todo se cuece y digiere bien, y es alimentado el hombre y bastecidos todos los miembros de virtud y fuerza para hacer sus operaciones. Asi, dice, sin oracion no se puede con-

(1) Gratia orationis, viro religioso maxime desideranda est; nullus enim sine ea in Dei servitio fructus sperari potest. S. Franc. l. 2 conform.; et p. 1 hist. Minor. l. 1, c. 77.

(2) S. Thom. 1 p. historiae S. Dominici, l. 3, c. 37.

(3) S. Thom. de Villan. c. 11. vitae suae.

servar la vida espiritual y con ella se conserva, porque con ella se aviva y cobra fuerza el espíritu para todas las obras y obediencias que ha de hacer, y para todas las ocasiones y trabajos que se pueden ofrecer; con la oracion se digieren todas esas cosas y se hacen llevaderas y se convierte todo en provecho del alma. Finalmente, si usamos de esta oracion, como debemos, en ella hallaremos remedio para todas nuestras faltas y para conservarnos en virtud y religion; porque si por ventura os descuidáredes en la obediencia y guarda de las Reglas, si comenzáredes á desmandaros en algo, si comenzáredes á reverdecer la pasion y el siniestro malo, echando mano de la oracion, luego con el favor del Señor se atajará y remediará todo eso. Y si alojáredes en la misma oracion y os descuidáredes en ella, con ella misma os habeis de remediar y volver en vos. Para todo tenemos remedio en la oracion, y para la misma oracion tambien. Y asi comparan muy bien la oracion, y dicen que es como la mano en el cuerpo, que es instrumento para todo el cuerpo y para si misma, porque la mano trabaja para que todo el cuerpo se sustente y se vista, y para todo lo demas necesario del cuerpo y alma, y tambien para si misma, porque si está enferma, la mano cura la mano; y si está sucia, la mano lava la mano; y si fria, la mano calienta la mano: en fin, todo lo hacen las manos. Pues asi es la oracion.

CAPITULO III.

Que debemos mucho á Dios por habernos hecho tan fácil una cosa por una parte, tan escelente y por otra tan necesaria.

Razon será que consideremos y ponderemos aqui la grande y singular merced que el Señor nos hizo, que con ser la oracion una cosa de suyo tan alta y tan escelente, por sernos por otra parte tan necesaria,

nos la hizo tan fácil á todos que siempre está en nuestra mano tenerla, y en todo lugar y en todo tiempo la podemos tener. «Cerca de mí está la oracion para hacerla á Dios, que me dá la vida,» dice el Profeta David (1). Nunca se cierran aquellas puertas de la misericordia de Dios, sino á todos están siempre patentes y abiertas en todo tiempo y á todas horas: siempre le hallaremos desocupado y deseoso de hacernos bien, y aun solicitándonos á que le pidamos. Es muy buena consideracion la que se suele traer á este propósito: si sola una vez en el mes diera Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar á hablarle, y que les daria audiencia de muy buena gana, y les haria mercedes, era de estimar en mucho, pues se estimaria si lo ofreciese un rey temporal: pues ¿cuánto mas es razon que estimemos el ofrecernos y convidarnos Dios con esto, no solamente una vez en el mes, sino cada día, y muchas veces al día? «A la noche, á la mañana, al medio día y á la tarde (dice el Profeta (2)) abrazando todos los tiempos) contaré y representaré á Dios mis trabajos y miserias, y estoy muy confiado que todas las veces y en cualquier tiempo que acudiere á él me oirá y favorecerá.» No se enfada Dios de que le pidan, como los hombres, porque no es como ellos, que se empobrecen cuando dan; porque todo aquello que el hombre dá á otro, eso le queda menos á él; y como va dando, va quitando de sí; y como va enriqueciendo á quien dá, se va empobreciendo á sí, y por eso los hombres se enfadan cuando les piden, y si una vez ó dos dan de gana, á la tercera se cansan, y no dan, ó dan de manera que no les pidan mas. Pero Dios, como dice el Apóstol San Pa-

(1) Apud me oratio Deo vitae meae. Ps. XLI, 9.

(2) Vespere, et mane, et meridie narrabo, et arruntiabo, et exaudiet vocem meam. Ps. LIV, 18.

blo (1), es rico para todos los que lo invocan. Es infinitamente rico, y como no se empobrece en dar, no se enfada ni cansa en que le pidan, aunque á cada punto y todo el mundo le pida, porque es rico para todos, y para enriquecer á todos sin dejar de ser tan rico como antes. Y como su riqueza es infinita, así su misericordia es infinita para remediar las necesidades de todos, y desea que le pidamos y que acudamos á él muy á menudo. Pues razón será que reconozcamos y agradezcamos tan gran merced y beneficio, y que nos aprovechemos de tan larga y tan provechosa licencia, procurando de ser muy continuos en la oración, porque como dice San Agustín sobre aquellas palabras: "Bendito sea el Señor que no apartó ni mi oración ni su misericordia de mí (2);" "tened por cierto que si el Señor no aparta la oración de vos, que tampoco apartará su misericordia de vos." Pues para que el Señor no aparte su misericordia de nosotros, procuremos nosotros nunca dejar ni apartar de nosotros la oración.

CAPITULO IV.

De dos maneras de oración mental.

Dejada á parte la oración vocal, tan santa y tan usada en la Iglesia de Dios, ahora solamente trataremos de la mental de que habla el Apostol San Pablo escribiendo á los de Corinto: "Oraré, cantaré y clamaré á Dios con el espíritu y el corazón (3)." Dos maneras hay de oración mental: una es comun y llana; otra es especialísima, extraordinaria y aventajada, la cual se recibe mas que se hace, como decían aquellos

(1) Et dives in omnes qui invocant illum. *Ad Rom.* X, 12.
 (2) Benedictus Deus, qui non movit orationem meam, et misericordiam suam a me. *Ps.* LXV, 20.
 (3) Orabo spiritu, orabo et mente; psallam spiritu, psallam et mente. *I. ad Cor.* XIV, 15.

Santos antiguos muy ejercitados en oración. Y San Dionisio Areopagita dice de su maestro Hieroteo (1) que *erat patiens divina*; quiere decir, que mas recibía lo que Dios le daba que hacía. Entre estas dos maneras de oración hay muy gran diferencia, porque la primera puede enseñarse en alguna manera acá con palabras; pero la segunda, no la podemos nosotros enseñar, porque no se puede declarar con palabras. Es un maná escondido que nadie sabe lo que es, sino el que lo gusta (2). Y aun ese mismo no puede declarar cómo es, ni aun él propio entiende cómo es aquello, como lo notó muy bien Casiano y trae á este propósito una sentencia del bienaventurado San Antonio, Abad, que flama él divina y celestial. "No es perfecta oración, decía el Santo (3), cuando uno se acuerda de sí ó entiende lo que ora." Esta alta y encumbrada oración no dá lugar á que el que ora se acuerde de sí, ni haga reflexión en lo que está haciendo, ó por mejor decir, padeciendo mas que haciendo. Como acontece acá muchas veces, que está un hombre tan absorto y embebecido en un negocio que no se acuerda de sí, ni donde está, ni hace reflexión sobre lo que piensa, ni advierte cómo lo piensa; pues así en esta perfecta oración está el hombre tan absorto y embebecido de Dios, que no se acuerda de sí, ni entiende cómo es aquello, ni por dónde vá, ni por dónde viene; ni tiene entonces cuenta con trazas, ni con preámbulos, ni con puntos, ni con ahora viene esto, ahora viene estotro. Como le acontecía al mismo San Antonio, y lo trae Casiano, que se ponía en oración por la tarde, y se estaba en

(1) Dion. cap. 2. *de divinis nominib.*
 (2) Quia nemo scit nisi qui accipit. *Apoc.* II, 17.
 (3) Divina, coelestis, et plusquam humana sententia. Non est perfecta oratio in qua se monachus, vel hoc ipsum, quod orat, intelligit. *Cassian. collat.* 9. *Abb. Isaac,* c. 31.

ella hasta que el sol estotro día por la mañana le daba en los ojos, y se quejaba del sol, porque madrugaba tanto á quitarle la luz que nuestro Señor interiormente le daba. Y San Bernardo dice de esta oración: "Rara es esa hora, y breve es siempre el tiempo que en ella se gasta (1);" porque por largo que sea, se hace un soplo. Y San Agustín sintiendo en sí esta oración, decía (2): "Habeisme dado, Señor, un afecto y una dulzura y suavidad nueva, y tan desusada, que si esto va adelante, no sé en qué ha de parar." Y aun en esta misma especialísima oración y contemplación pone San Bernardo (3) tres grados: el primero, compara al comer; el segundo, al beber, que se hace con mas facilidad y suavidad que el comer, porque no hay el trabajo del masear; el tercero es, embriagarse. Y trae para esto aquello que dice el Esposo en los Cantares: "Comed, amigos, bebed y embriagaos, mis carísimos (4)." Lo primero dice, comed; lo segundo, bebed; y lo tercero, embriagaos de este amor: eso es lo mas perfecto. Todo esto es recibir mas que hacer. Unas veces saca el hortelano el agua á fuerza de brazos de su pozo: otras, estándose él mano sobre mano, viene la lluvia del cielo, que empapa la tierra y no tiene que hacer el hortelano mas que recibirla y enderezarla á los pies de los árboles para que fructifiquen. Así son estas dos maneras de oración, que la una se busca con industria, ayudada de Dios, y la otra se halla hecha. Por la primera andáis vos trabajando, y mendigando, y comiendo de esa mendiguez: la segunda os pone una mesa

(1) Rara hora, et parva mora. *Bernard. serm. in Domin. infra octavam Epiphaniae.*
 (2) Introducis me in affectum nimis inusitatum, at nescio quam dulcedinem, quae si periciatur in me, ignoro quid futurum sit. *August. l.* 10. *Confes. c.* 40.
 (3) *Bernard. serm.* 52. *ex parvis.*
 (4) Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, charissimi. *Cant.* V, 4.

llena que Dios os tiene preparada para hartar vuestra hambre, mesa rica y abundante. "Entróme el rey en sus despensas," que decía la Esposa (1): "Alegrarlos he, y regalarlos he en la casa de mi oración," que dice Isaías (2).

Esta oración es un don particularísimo de Dios, que da él á quien es servido; unas veces en pago de los servicios que le han hecho y de lo mucho que uno se ha mortificado y padecido por su amor: otras sin tener cuenta con méritos precedentes, porque es gracia liberalísima suya, y comunícala él á quien quiere; conforme á aquello del Evangelio: "Por ventura, ¿no puedo yo hacer lo que quisiere de mi hacienda (3)?" Al fin, no es cosa esta que la podemos nosotros enseñar. Y así son reprendidos y aun prohibidos algunos autores, por haber querido enseñar lo que no se puede aprender, ni enseñar, y poner en arte lo que es sobre toda arte, como si infaliblemente hubieran de sacar á uno contemplativo. Lo cual reprende muy bien Gerson en un libro que hizo contra Rusbroquio con estas palabras: "quitaste la flor de su raíz." Así como la flor cortada de su raíz, y puesta en la mano, se marchita luego y pierde su hermosura, así son estas cosas que comunica Dios al alma íntimamente en esta alta y encumbrada oración que, en queriéndolas sacar de su lugar, y declarar y comunicar á otros, pierden su lustre y resplandor. Y eso hacen los que quieren declarar y enseñar lo que no se puede declarar, ni aun entender. Aquellas anagogías, aquellas transformaciones del alma, aquel silencio, aquel aniquilarse, aquel unirse sin medios, aquel hondo de Taulero; ¿de qué sirve decir estas cosas, que si vos las en-

(1) Introduxit me Rex in cellaria sua. *Cant.* I, 3.
 (2) Et lactificabo eos in domo orationis meae. *Isai.* LVI, 7.
 (3) Non licet mihi quod volo facere? *Matth.* XX, 48.

tendeis, ya no las entiendo, ni sé lo que os queréis decir? Antes dicen aqui, y muy bien, que esta diferencia hay de esta divina ciencia á las demas, que en las demas ciencias, antes de alcanzarlas es menester entender primero los términos; pero en esta no entenderéis los términos hasta haberla alcanzado. En las demas, precede la teórica á la práctica; pero en esta ha de preceder la práctica á la teórica.

Y mas digo, que no solamente no se puede declarar esta oracion, ni enseñar á otros; pero ni vos mismo os habeis de querer poner en ella, ni levantaros á ella, si Dios no os levanta y os pone y sube á ella; porque seria gran soberbia y presuncion, y mereciades perder la oracion que teneis y quedaros sin nada. "Entróme el rey en la bodega de sus vinos," dice la Esposa en los Cantares (1). Aquel entrar Dios al alma en su retrete para tratar tan familiarmente con ella, y en la bodega del vino para hartarla y embriagarla de su amor, es don particularísimo del Señor; no se entró la esposa, no, sino el esposo la tomó por la mano, y la entró allá. Aquel levantaros al ósculo de la boca, no es cosa que vos podeis ni debeis hacer si él no os levanta, que seria grande atrevimiento; y asi, no se atreve á eso la Esposa, que mas vergonzosa y mas humilde es que eso, sino pide al Esposo que él dé á ella este ósculo (2). Como si digera, dice San Bernardo (3): "yo no puedo por mis fuerzas llegar á ese amor y á esa union y contemplacion tan alta, sino él me la dá á mí;" él por su bondad y graciosa liberalidad nos ha de levantar á este ósculo de la boca, á esa altísima oracion y contemplacion, si él fuere servido que la tengamos: no es esta cosa que nosotros podemos enseñar, ni en que

(1) Introduxit me in cellam vinariam. Cant. II, 3.
(2) Osculetur me osculo oris sui. Cant. I, 1.
(3) Serm. 12 ex parvis.

nosotros nos podemos ni debemos poner.

CAPITULO V.

Cómo la Sagrada Escritura nos declara estas dos maneras de oracion.

Estas dos maneras de oracion que hemos dicho, nos declara maravillosamente el Espíritu Santo en el capitulo treinta y nueve del Eclesiástico. Dice allí del varon sábio, que interpreta la Iglesia el justo: "Entregará su corazon á velar muy de mañana delante del Señor que lo crió, y orará delante del Altísimo (1)." Pone primero la oracion ordinaria, levantarse há de mañana, que es tiempo acomodado para la oracion y célebre en la Escritura (2). ("Por la mañana me presentaré á ti. Previneme con tiempo y oré. Previnieronse mis ojos á tí muy de mañana para meditar en tus palabras. Desde el amanecer velo en tu presencia."). Dice: á velar; porque va á estar alerta, no á dormirse y hacer almohadilla de la oracion. ¿Qué mas? Entregará su corazon á la oracion. No está allí solamente con el cuerpo, y el corazon en el negocio, lo que llaman los Santos, cordis somnolentia; un corazon desmazelado y flojo es grande impedimento para la oracion, porque este impide la reverencia que se debe tener para tratar con Dios. Y ¿qué es lo que causa esta reverencia en el justo? El considerar que estoy en la presencia de Dios, y que voy á hablar con aquella tan grande Magestad, eso hace estar con reverencia y atencion. Esta es la preparacion y disposicion con que debemos de ir á la oracion. Pero veamos qué oracion es la que hace el

(1) Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum, qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur. Eccles. XXXIX, 6.

(2) Mane astabo tibi.—Praeveni in maturitate, et clamavi.—Praevenueerunt oculi mei ad te diluculo, ut meditarer reliquia tua.—Ad te luce vigilo Ps. V, 5; Ps. CXVIII, 147; Ps. CXVIII, 148; Ps. LXII, 1.

justo. "Abrirá su boca en la oracion y comenzará pidiendo á Dios perdon de sus pecados (1)," y confundiéndose y arrepintiéndose de ellos. Esa es la oracion que nosotros debemos de hacer de nuestra parte, llorar nuestras culpas y pecados, y pedir á Dios misericordia y perdon de ellos. No nos debemos de contentar con decir: "ya hice una confesion general al principio de mi conversion, y entonces me detuve algunos dias en llorar y arrepentirme de mis pecados." No es razon que en confesando nos olvidemos de los pecados, sino que procuremos traerlos siempre delante de los ojos; conforme á aquello del Profeta: "Mi pecado está siempre contra mí (2)," esto es, delante de mí. Dice muy bien San Bernardo (3) sobre aquellas palabras: "Nuestro lecho es florido (4);" "vuestro lecho, que es vuestro corazon, aun está todavía hediondo, que no se ha acabado de quitar el mal olor de los vicios y resavios que trajistes del mundo, ¡y teneis atrevimiento para convidar al Esposo á que venga á él, y que-reis ya tratar de otros ejercicios altos y levantados de amor y union con Dios, como si fuérades perfecto! Tratad primero de limpiar y lavar muy bien vuestro lecho con lágrimas (5) y de adornarle con las flores de las virtudes, y con eso convidareis al Esposo á que venga á él, como lo hacia la Esposa. Tratad del ósculo de los pies, humillándoos y doliéndoos mucho de vuestros pecados; y del ósculo de las manos, que es de ofrecer á Dios vuestras buenas obras, y procurar recibir de sus manos las verdaderas y sólidas virtudes; y es otro tercer ósculo de la boca, esa union altísima, dejadla

(1) Aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur.

(2) Et peccatum meum contra me est, semper (id est, coram me). Ps. L, 4.

(3) Lectulus noster floridus. Cant. I, 15.

(4) Bernard. serm. 46. super Cantica.

(5) Lavabo per singulas noctes lectum meum, lacrymis meis stratum meum rigabo. Ps. VI, 7.

para cuando el Señor sserae vido de levantaros á ella. De un Padre muy antiguo y muy espiritual (1) se dice que se estuvo veinte años en estos ejercicios de la vida purgativa, ¡y nosotros luego nos cansamos y nos queremos subir al ósculo de la boca y á ejercicios de amor de Dios! Es menester buen fundamento para levantar tan alto edificio, y hay en este ejercicio, fuera de otros muchos bienes y provechos de que diremos despues (2), que es un remedio muy grande y una medicina muy preservativa para no caer en pecado; porque el que anda continuamente aborreciendo el pecado, y confundiéndose y doliéndose de haber ofendido á Dios, muy lejos está de cometerle de nuevo. Y por el contrario, advierten los Santos que la causa de haber caido algunos, que parecian muy espirituales y hombres de oracion y por ventura lo eran, ha sido por falta de este ejercicio, porque se dieron de tal manera á otros ejercicios y consideraciones suaves y gustosas, que se olvidaron del ejercicio de su propio conocimiento y de la consideracion de sus pecados, y asi vinieron á asegurarse demasiado de sí mismos y á no andar tan temerosos y recatados como debieran, y con eso vinieron á caer en lo que no debieran; porque se olvidaron presto de su bajeza, cayeron de la alteza que parecia que tenían. Pues por esto conviene que nuestra oracion por mucho tiempo sea llorar nuestros pecados; como dice el Sábio, hasta que el Señor nos dé la mano, y nos diga: "Amigo, sube mas arriba (3)."

Ahora veamos cuál es la oracion alta y especialísima que el Señor dá cuando él es servido. Dice luego: "Si el Señor grande quisiere, llenarlo ha de su espíritu de inte-

(1) P. Dr. Araoz.

(2) Trat. 8, cap. 21; y p. 2. trat. 7, cap. 4.

(3) Amice, ascende superius. Luc. XIV, 10.